

Inevitable malestar Pensando la clínica

Ariel Damián Goisin¹

Resumen

Entre la vasta producción teórico-clínica de Sigmund Freud encontramos textos de la más diversa índole. Sus desarrollos han impactado en el campo de las Ciencias Naturales y las Ciencias Sociales aportando novedosos elementos que han enriquecido estos campos como también disparado nuevas investigaciones. En el terreno de estas últimas se encuadra el texto de «El malestar en la cultura» donde realiza un exhaustivo análisis de los determinantes de los padecimientos humanos y los «analgésicos» que aliviarán nuestras miserias. El presente trabajo tiene por objetivo establecer un diálogo con este texto y otros del mismo autor que contribuyen a comprender el sufrimiento cotidiano generado por la cultura. Como líneas principales se abordarán las causales que provocan padecimiento, las restricciones impuestas a la satisfacción por el seno social, la agresividad del ser humano para con sus semejantes y los psicodinamismos que se juegan en relación al sentimiento de culpa.

Palabras clave: malestar - culpa - agresividad - clínica - cultura

Abstract

Among the vast theoretical and clinical production of Sigmund Freud, we can find texts of the most diverse nature. The developments of these texts have impacted the field of Natural and Social Sciences bringing new elements which have not only enriched these fields but also triggered further investigations. It is in the field of these investigations where we could insert the text «The malaise of civilization» in which Freud performs a comprehensive analysis of the determinants of human suffering and «pain killers» that will alleviate our miseries. This paper aims to establish a dialogue with the said text and with others by the same author that may help to understand the daily suffering generated by culture. The main factors addressed will be: those that cause human daily suffering, restrictions on social satisfaction imposed by the social environment, the aggressiveness of human beings towards his fellow men and the psychodynamics played in relation to guilt.

Keywords: discomfort - fault - aggressiveness - clinical - culture

¹ Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires.

Introducción

Cuando promediaba mis 22 años concurrí a unos encuentros de fotografía, dada mi fuerte afición por ese tiempo al arte de la gelatina de haluros de plata (faltaba mucho todavía para el pixelado y el photoshop). Un fotógrafo francés muy reconocido compartió una reflexión que al día de hoy conservo. Refirió cuán importante era a su juicio que el fotógrafo viviera y estudiara campos que nada tenían que ver con el tópico que nos convocaba. Lejos de mí el deseo de traicionar sus palabras pero me animo a decir que enunció una sentencia de esta índole:

Vivan, viajen, huelan, degusten todos los manjares que puedan. Nútranse de buena música, abrazos, risas ajenas y propias, y los mejores vinos que puedan. Compartan charlas sustanciosas con amigos, jueguen a lo que arranque lo mejor de ustedes. Les aseguro que todas estas experiencias los volverán mejores personas y verán que cada una de ellas encontrará su expresión en el fotograma. Nadie puede hacer buena práctica de su actividad si no transita este camino.

Cuando empecé a templan mis dedos para tipear las primeras palabras de este artículo recordé las enseñanzas de este maestro de la luz. Los contenidos de este seminario me interesan tanto desde el punto de vista del análisis de los fenómenos sociales como por los innegables aportes a la clínica. Mi gusto por la historia se mantiene vivo desde hace tiempo y por tal razón encuentro fascinación por los textos de Freud que intentan comprenderla. Como siempre refiero, a riesgo una vez más de volverme políticamente incorrecto, quiero trabajar sobre este «malestar» por el mero placer de compartir un diálogo reflexivo imaginario con

quien pudo pensar por qué cada día alguna molestia propia del seno social cultural nos invade y condiciona nuestras pequeñas, pero no por ello menos importantes, vidas.

Sueños de placer

Freud decide recorrer el carril evolutivo que hace posible la construcción de un sujeto para colocar los primeros ladrillos que nos permitirán entender las molestias que el seno social genera en quienes lo hacen posible. La indiferenciación yo-no yo inicial encuentra su fin cuando discierne que la fuente de excitación más preciada, el pecho materno, solo puede recuperarse mediante el llanto que reclama. Es desde este momento en que no es posible otra instancia que la de admitir que existe un afuera. Este afuera se volverá reservorio de todo lo que pudiera generar displacer y esta acción de eliminación es la que hará posible convertir al yo en una instancia de máxima pureza en cuanto fuente de placer. La realidad hace su trabajo y obliga al yo a aceptar que no todo lo que le pertenece es sinónimo de placer, como aquello que le es ajeno cultivo de displacer. Tal situación favorece que los sentidos y la actividad de la musculatura peleen por capturar ese exterior que ya no se desdénia con tanta facilidad. Estas marcas iniciales no desaparecen y tal situación no deberá perderse de vista si se desean comprender los determinantes de las molestias que la construcción de «cultura» involucra.

Analgésicos

Al mismo modo que al *enfant* se le presenta la necesidad de que el aparato se acomode cuando la realidad no respeta su anhelo de puro placer, el individuo adulto, conservando esos vestigios del origen, reza a un «Padre» para que aplaque sus dolores del alma. Como cita-

mos, la vida nos expone al sufrimiento desde el primer minuto y «calmantes» son buscados con devoción por quienes como el bebé estarán dispuestos a todo para mitigar el dolor. Tomando la descripción de Fontane Theodor en su novela *Effi Briest* (1895), Freud hace referencia a los bálsamos de los que haremos uso para mitigar el dolor que el transcurrir vital nos depara.

...poderosas distracciones que nos hagan valuar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reduzcan y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas (Freud, 1930: 75).

En consideración a la primera opción cualquier actividad que tenga el poder de capturar nuestro foco de atención y desviarlo de los padecimientos o miserias será una alternativa válida (la ciencia por ejemplo). Sobre la segunda propongo pensar que aparte del desvío atencional ya citado podríamos considerar que la práctica de una actividad como el arte agregaría como valor adicional el disfrute agregado de que, cuanto mayor sea su intensidad mayor será su poder de fuerza neutralizante.

Las sustancias embriagadoras encuentran un mecanismo diferente de acción si se las compara con las anteriores en tanto actúan sobre el psiquismo (podemos bien pensar en el sistema nervioso) para anestesiar su percepción del dolor o generar un estado de euforia neutralizante. Una vez más el genio de Viena se anticipaba a la historia. En la línea de las sustancias embriagadoras que modifican el quimismo del aparato podríamos pensar en el amplio abanico de sustancias psicoactivas que incluyen a las drogas legales o ilegales y los psicofármacos.

Freud abre el juego en este texto a una pregunta filosófica sobre el fin de la vida. No puedo evitar pensar que algunas cuestiones etarias han jugado un rol determinante en estos cues-

tionamientos. Un Freud ya crecido bien lejano al del 1895 del Proyecto se plantea ciertas cuestiones existenciales al mismo modo en que en «Análisis terminable e Interminable» (1937) la pregunta sobre la finitud no remitía a mi entender solo a la cuestión del tratamiento analítico. Un sujeto busca en la vida dos cuestiones, evitar el displacer y experimentar placer. Esta segunda meta citada es imposible de ser alcanzada de manera continua y debe aprenderse que determinados momentos de éxtasis se encontrarán exclusivamente de manera episódica. Interesante lectura propone cuando explica que la experiencia emocional se alcanza desde el contraste; por ende debemos pensar en la oposición de emociones (nuevamente el dualismo) más que en la utopía de transitar una meseta en que el *quantum* se reduzca a mínimas cantidades.

Sobre el padecer

Tres fuentes de sufrimiento causan al sujeto dolor:

1. el cuerpo propio cuyo dolor funciona como alarma ante la pérdida de equilibrio;
2. el mundo exterior que descarga sus fuerzas destructoras;
3. los vínculos con nuestros semejantes, lo que señala como el factor principal de los tres citados.

No es inocente el autor cuando desarrolla estos conceptos y no lo mueve el mero afán científico o descriptivo. Si necesita abordar exhaustivamente cada uno de los causales de sufrimiento es justamente porque su comprensión acabada mostrará la clave para atemperarlos o controlarlos y hacer lugar a una vida más plena. Perseguir la satisfacción plena de cada una de nuestras necesidades podría perfilarse como la primera opción garante de la felicidad. No debemos entusiasmarnos tan rápido dado que

su cumplimiento no es sin exponer a riesgo al individuo. Ya a esta altura el Principio de Realidad nos ha enseñado que lamentablemente debemos postergar ciertas satisfacciones inmediatas si todavía deseamos continuar experimentando placer. Si había citado que las relaciones humanas constituían la mayor causa de sufrimiento, no es difícil deducir que el vivenciar aislado o «sosiego» represente una vía de atemperar el dolor. Sin embargo, podemos conjeturar que no siempre es tan sencillo el tránsito de esta alternativa en tanto algunas actividades nos impiden retraernos y cortar vínculo con el seno social.

La unión de los individuos bajo la bandera de la ciencia hará posible arremeter contra la naturaleza y desde el desarrollo del conocimiento intentar dominarla. Puede pecarse de excesiva soberbia y entender que podemos convertir la naturaleza a imagen de lo que nuestros caprichos desean, pero recibiremos las consecuencias que indican que no todo orden establecido es modificable.

Solo nos resta entonces la vía que apunta a modificar nuestro organismo, sentencia Freud en este artículo. Hace referencia a sustancias tóxicas que alteran nuestro quimismo en pos de generar sensaciones placenteras aunque invita a prestar especial atención a la distorsión de realidad que ellas generan. Señala que nuestros organismos producen sustancias equivalentes a las mencionadas con similares efectos. Nada descabellado sería considerar volver equivalente esta descripción a las endorfinas, opioides endógenos que la actividad física estimula en secreción y que provocan en el individuo un estímulo permanente a continuar la actividad para facilitar la producción permanente de este atractivo neurotransmisor.

Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria

es apreciado como un bien tan grande que individuos y aun pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal. No solo se les debe la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior (Freud, 1930: 78).

Resulta interesante destacar la fuerte vigencia actual de este texto de 1930 en una época en que el placer inmediato comanda cada uno de nuestros comportamientos. Si en este trabajo postula al seno social como muralla que acota la pura satisfacción y hace lugar a su postergación y a la necesidad de desarrollo de otros cauces para el torrente pulsional, en nuestros días presenciamos un escenario bien distinto. Todo vale cuando se trata del seguimiento de la única normativa posible. El tejido social pierde sus lazos y la estructura se pierde cuando estos movimientos tienen lugar.

Freud, en el análisis de una realidad epocal diferente, afirmarí que en esta desesperada búsqueda por conquistar la religión de Epicuro de Samos ante las limitaciones del mundo externo, no queda otra opción que la de trasladar la lucha del terreno externo al interno como habría señalado en muchos de sus artículos. La realidad nos ofrece imposibles que ni en sueños podríamos alcanzar. Sin embargo, el terreno de lo psíquico se vuelve un campo propicio para volver muchos de estos sueños realidades en el terreno de la fantasía o hacerlos posibles en tanto distorsionamos el juicio. Aplacar la furia pulsional es citada como otra opción posible a partir de técnicas de meditación y relajación; sin embargo, alto será el costo si elegimos retraernos en el sosiego mencionado. Más allá de sus intentos de velar por el principio de neutralidad en cuanto al libre albedrío de un sujeto, recomienda poner especial atención en lo que determinaría una significativa «reducción de las posibilidades de

goce» (Freud, 1930: 79).

¿Qué ocurre con la sublimación como alternativa para domeñar las pulsiones? Vuelve a citarlo como un mecanismo efectivo desde el punto de vista de la economía libidinal. Ciertamente el desliz de crítica puede leerse en los párrafos de este trabajo cuando plantea que, si todo nuestro abanico defensivo se restringe a ella, perderemos terreno vital en nuestro desarrollo. En cierta medida podríamos formular una analogía con sus planteos sobre el sosiego cuando postula que, si la sublimación es dominante como defensa, se perderá ese plus gozoso en la corporeidad que la liberación pulsional permitiría. Debemos sumar al análisis el hecho de que la sublimación no es un mecanismo que todos podamos practicar. Para su puesta en función quien haga uso de ella deberá contar con la especial destreza de desarrollar una habilidad socialmente valorada y controlar la dirección pulsional para redireccionarla en favor de ella.

El último recurso es radical y solo encuentra la posibilidad de desembarazarse del sufrimiento a partir de la ruptura del vínculo con la realidad. Cuando Freud hace alusión a los conflictos que se le presentan al yo con diferentes instancias en su texto «Neurosis y Psicosis» (1923), señala que cuando la batalla tiene lugar con la realidad la consecuencia es una desgarradura yoica. En esta desgarradura el yo se arranca una parte de sí a la realidad adherida y en un segundo tiempo construye el delirio en su intento de recolocar la libido. Es interesante cómo la aparición de la patología en sus diferentes vertientes se relaciona con todos los movimientos del aparato por atenuar el padecer, el «malestar». La religión permite, en un delirio colectivo, que la distorsión construida evite a quienes la practican el diagnóstico de psicopatología. Siempre deberíamos preferir la neurosis individual a la colectiva, en tanto la segunda nos restringe a un pensar infantil que

no es sino una inhibición severa de nuestro desarrollo.

No existen manuales o protocolos que dicen si existe la vía adecuada para alcanzar la felicidad. Dicha sentencia se alinea con el principio de neutralidad desarrollado décadas atrás por el autor, en el que, aparte de invitarnos a respetar la singularidad del paciente, propone que no existe fórmula universal para alcanzar un estado de bienestar. Cada analista deberá trabajar con su paciente y sus particulares constelaciones psíquicas con un saber que este último le ofrece para permitir su mejor economía libidinal. Al igual que en «Análisis terminable e interminable» (1937) destacaría la importancia del polimorfismo defensivo, aquí aplica el polimorfismo a la obtención de la satisfacción y recomienda encontrar vías diferentes para alcanzar el placer. Dicho horizonte facilitará la disposición de vías alternativas de satisfacción cuando algunas se encuentren obturadas.

La infelicidad cultural

La constitución del seno social nos hace infelices. Es el precio que debemos pagar por ingresar en la cultura. El valor clásico del pensador vienés cobra relevancia una vez más cuando nos enseña que los avances tecnológicos nada tienen que ver con el alcance de dicha. A diferencia de las versiones de los sistemas operativos, este texto del 30 envejece como los mejores vinos y para confirmarlo solo basta escuchar los padecimientos de nuestros pacientes. Existen pilares determinantes que orientan la búsqueda de todos desde nuestro primer contacto con el mundo. La falta de mirada del objeto daña a un niño de tres años como a un profesional exitoso de 50 y no hay procesador informático de cuantos núcleos imaginemos capaz de volverse un antídoto eficaz para atenuar lo que su falta provoca.

Si un tratamiento terapéutico trata en alguna medida de facilitar la búsqueda de la dicha por parte de un sujeto y la cultura se para como obstáculo para nuestro objetivo, entendemos con claridad el porqué de las ansias de Freud en descomponer el concepto a su mínima expresión. Su análisis (no solo en términos de reflexión y comprensión sino en el de descomposición para lograr los primeros) será piedra base para luego trabajar en los resortes que permitan minimizar la intensidad del obstáculo y despejar entonces el camino hacia momentos de dicha.

El concepto de cultura representa un pivot que marca un salto cualitativo en nuestra herencia filogénética. Si dedicamos especial hincapié en nuestra actividad a diferenciar el concepto de instinto del de pulsión, es porque entendemos que una lógica distinta nos domina sobre aquella de nuestros antepasados animales. Dos funciones atribuye Freud a la cultura: «La protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres» (Freud, 1930: 88). Diseñamos instrumentos para dominar el mundo de objetos tangibles pero nada más maravilloso que la herramienta que nos ha permitido representar la realidad en nuestra psiquis y operar como queramos desde esta construcción. Creamos una realidad interna a la que deseamos bella, ideal, de bordes perfectos y acabada síntesis. Por tal razón exigimos «limpieza y orden» (Freud, 1930: 91). Ese mundo perfecto que recreamos intentamos copiarlo a imagen y semejanza sobre aquel perfectible que interiorizamos previamente y que hicimos ideal. Quienes logren volverse menos descuidados e impuntuales y trabajen sobre las naturales o instintivas tendencias que ofrecemos se volverán mejores exponentes en términos culturales. Los ecos de «Totem y Tabú» (1913-14) continúan resonando cuando pregona que los hermanos renunciarán a la violencia con la

desdicha concomitante pero con la garantía de que la fuerza bruta no caerá sobre ninguno. La ley regula y hace posible el contrato social que se cumple no sin temor permanente de la amenaza normativa que se asegura de limitar la concreción de un impulso siempre presente, una pulsión que nada entiende de moral y buenas costumbres o de respetar al prójimo, sino que solo busca agotarse en la satisfacción.

Buenos vecinos. O no tanto

¿Qué hizo posible la convivencia?, se pregunta el autor.

Una doble fuerza actúa para mantenerla cuando otros factores atentan contra ella. La compulsión al trabajo y el poder del amor son citados como las variables que ejercen palanca para permitir la producción y la constitución de la familia. Reflexiono sobre los poderes imperantes desde épocas históricas antiguas que desde motivaciones egoístas, pero no por ello carentes de habilidad, gozaron del ingenio suficiente para que más de infinitos sujetos canalizaran buena parte de su libido en la maquinaria económica. Seguramente se percataron de que, si conseguían otorgar a las tareas exigidas cierto barniz erótico, lograrían que el asalariado encontrara cierto monto de «pseudo excitación» que lo distrajera de la excitación genuina que realmente determina su movimiento. Si analizamos la dinámica que presenta cualquier junta de ventas de nuestros días, no se vuelve complicado evocar la pasión que intentan transmitir las líneas de gerencia al cuerpo de ventas.

El amor de meta inhibida hace posible los vínculos paterno-filiales y fraternos y equivalentes de ambos en la vida de un sujeto. Es quien hace posible la síntesis que se impone para la conservación del conjunto. Una vez más la ecuación en la cual el Principio de Autoconservación impone el protagonismo del Princi-

pio de Realidad por sobre el del Placer teniendo perfectamente en claro que sin sujeto no hay placer posible; a veces debemos postergar y contentarnos con montos de placer sin tanta intensidad. Si necesitábamos más descripciones acerca del quehacer de la cultura como esqueleto del seno social solo basta rescatar su consideración acerca de la prohibición del placer cuando se encuentra divorciado de la genitalidad reproductiva, cultura de la década del 30 que no de manera inocente había casado en feliz matrimonio la genitalidad con la procreación y que no casualmente contaba con la unidad «familia» como célula del tejido social. Poco menos de un siglo después sustanciales modificaciones avanzaron sobre este terreno. No en vano transitamos una época de hedonismo puro donde el Principio de Placer ha ganado fuerte terreno frente a sus competidores. Desde estas reflexiones y fundamentos es posible analizar el cambio que la configuración de la familia ha tenido, lo mismo que su mayor apertura, con cuestiones valorables y criticables. La sexualidad ha dejado de ser solo procreación (por lo menos en unos cuantos casos) para abrir un terreno de degustación de placer con mayor libertad. Ciertos modelos socioeconómicos también han acentuado el individualismo fragmentando el tejido colectivo y tal situación ha cobrado impacto en la estructura del conjunto. Los vínculos se convirtieron en instancias de placer individual y la idea de supervivencia (nuevamente los términos hacen lo suyo) asociada a un campo de batalla salvaje se postula como un ideal obtenible desde la soledad.

Ganarás la cultura con el sudor de tu frente

La pertenencia al seno social no solo exige al ciudadano la renuncia a la satisfacción sino también a otros terrenos. En una muestra más

de valentía, cuando de rigurosidad científica se trata, se aleja de posiciones complacientes en cuanto al análisis del género humano, para mostrar la sensatez que siglos de revisión histórica eligieron dejar de lado. Ciertamente es que la necesidad de construir lazos sociales exigiría amar a nuestro prójimo. Puede entenderse como condición que necesitamos pero molesta la posición hipócrita de que tal situación debe presentarse cual orden natural. Estoy convencido de que toda construcción que se logre debe partir de un honesto análisis de situación y Freud siempre se le anima. ¿Por qué debería amar al otro?, se pregunta. ¿Algún mérito ha realizado para recibir mi amor? Seres queridos con quienes puedo experimentar empatía serían amados en tanto pediría bienestar y ausencia de sufrimiento para ellos. Pero un extraño, ¿por qué? ¿Qué razón puede esgrimirse para que dedique montos libidinales reservados para mi persona a alguien a quien apenas conozco? ¿Qué racionalidad avala tal movimiento? ¿Y si mi prójimo no me ama en su justa medida, por qué debería recompensarlo con algo de lo que no es merecedor?

Si pretendemos científicidad vamos a intentar analizar la realidad tal cual se presenta y no como desearíamos que se presentara. Si el ser humano fuera naturalmente generoso y cuidadoso, sería innecesario el arduo trabajo de impartir cultura y los marcos normativos no existirían porque una regulación natural haría posible una fraternidad de absoluta armonía.

Tal cual sentenciara Hobbes: «El hombre es un lobo para el hombre»,

Pero ninguno de nosotros acusa por ello a la naturaleza del hombre. Los deseos, y otras pasiones del hombre, no son en sí mismos pecado. No lo son tampoco las acciones que proceden de estas pasiones, hasta que conocen una ley que las prohíbe. Lo que no pueden saber hasta que haya

leyes. Ni puede hacerse ley alguna hasta que hayan acordado la persona que lo hará (Hobbes, 1651).

Considero que tanto Hobbes como Freud conciben al hombre en una frecuencia similar. Percibir como diabólica esta descripción es solo producto de la imposición de un paradigma en que el hombre es la fuente de la virtud y que cualquier elemento que contamine su benevolencia resulta una aberración que debemos esconder. El mal a erradicar es un enunciado solo factible desde la concepción de un ser humano sin complejidades, opuestos, contradicciones o dualismos. Si el hombre fuera tan bueno en su constitución no habríamos necesitado de complejos dispositivos para encauzarlo. Dicha concepción solo obedece a nuestro anhelo de seguir los mandatos de un ideal y en este movimiento intentaremos construir nuestra representación más amable. Todo aquel movimiento que no parta de fuerza intrínseca deberá recibir impulso externo y para tal fin encontramos en nuestra sociedad las instituciones de disciplinamiento que preparan al hombre para vivir en comunidad. Como sentencia, no es la lógica racional la que nos comanda sino las pasiones que desatan los movimientos menos controlados.

Otra vez el clásico

¿Hambre o Amor? Schiller es excusa para retomar el dualismo pulsiones de autoconservación vs. pulsiones sexuales; las primeras en defensa del individuo, las segundas en defensa de la especie. En pos de la autoconservación el yo logró su cometido pero no sin resignar en demasía, y en esa lucha la neurosis encontró su lugar. El dualismo pulsional citado me invita a la reflexión en la búsqueda de qué ocurre con estas pulsiones cuando se piensa en la formación del seno social. Si Freud cita en sus

trabajos que la función de síntesis yoica podemos pensarla en la línea de una fuerza que aglutina —sentencia que mantiene coherencia lógica con el hecho de que el yo enarbola la bandera de la autoconservación indisociada del sofrenamiento pulsional—, el tope a las pulsiones sexuales permite que el individuo se reúna en conjunto, que la síntesis sea lograda, actividad que exige una fuerza que se oponga a la tendencia agresiva propia de las pulsiones sexuales. Si avanzamos en la consideración de las pulsiones sexuales, debemos hacernos a la idea de agresividad propia de la competencia por el objeto. Nos exponemos a riesgos en la lucha sin la protección de la patria para avanzar en la conquista del objeto. Asimismo exponemos al semejante al riesgo de recibir nuestra violencia, cualquiera puede terminar dañado en la contienda.

Cobra protagonismo entonces una pregunta nodal en este artículo: ¿de qué medios se vale la cultura para inhibir, para volver inofensiva, acaso para erradicar la agresión contrariante? (Freud, 1930: 119).

Volvemos a los desarrollos que Freud plantea en su texto «El problema económico del masoquismo» (1924). Se trata de atenuar los efectos de la pulsión de destrucción, inherente a la condición humana. Una posibilidad es que dicha fuerza se vuelva contra el propio individuo y bajo la forma de superyó ejerza la agresividad que de buena gana habríamos volcado en el entorno. Aparece entonces en escena la «conciencia de culpa» como expresión resultante de la tensión entre el yo y el syo. El incremento del nivel de tensión entre estas dos instancias es directamente proporcional a la magnitud del castigo que el primero recibe del segundo. Una particularidad que deberíamos evitar dejar de lado por la relevancia que ostenta en la clínica es que la agresión no desaparece sino que solo cambia su dirección para no afectar al entorno. Sujetos de elevada conciencia moral que se

flagelan sistemáticamente sin piedad mueven a quienes los rodean al hartazgo o a la compasión pero distraen sobre la jerarquía que muestra el alto monto de agresividad que poseen. Encuentro cotidianamente pacientes con expresiones que permiten deducir con sencillez cuánta virtud se le otorga al autocastigo. Siglos de tradición cultural proponen casi la transmisión transgeneracional del vínculo entre el castigo y la calidad humana. Un tránsito más sufrido y lastimoso en muchos círculos es sinónimo de mayor entrega y virtud y la diada que se plantean quienes adhieren a tal posición se resume en la siguiente frase: «O daño al otro o me daño a mí».

Cuando se le plantea al paciente la tercera posición, «ni al otro ni a vos», se sorprenden como si esa vía nunca hubiera existido como posibilidad. Nadar por las aguas de la culpa es siempre garantía de no liberar esa bestia interna en tanto la vigilancia debe siempre estar activada si un criminal siempre puede repetir su crimen o pecado.

La «cultura» determina sus pecados y en tanto, la incorporamos como conciencia moral. Freud desarrolla planteos teóricos de avanzada en este texto, cuando de culpa, pecado y castigo se trata. Explica con minuciosidad la estructura lógica que sostiene las tres variables que acabo de mencionar.

Sobre sus planteos comparto de qué manera me ha facilitado el diseño de un esquema que ordena de manera muy funcional mi clínica. Mi experiencia me indica también que dichos conceptos favorecen el cuestionamiento crítico de muchos sistemas dominantes de pensamiento que reinaron cual monarcas tiranos por décadas.

La dimensión de la culpa

Abordemos entonces una pregunta sencilla pero cuya respuesta exige la consideración

de terrenos complejos que no admiten reduccionismos maniqueos.

¿Cuándo un sujeto siente culpa?

Cuando en mi tarea diaria formulo la pregunta a un paciente la respuesta que surge de manera automática es cuando alguien hizo algo malo. Uno podría indagar sobre qué determina que una acción reciba tal calificación. Una acción es considerada como condenable cuando el seno social no la aprueba. Sin embargo, tal situación no vuelve sinónimo de dañino a ese comportamiento. En reiteradas ocasiones se condena una acción cuando implica daño a otro, pero también es cierto que lo mismo ocurre en la situación contraria. Pensemos si no en gran parte de la población alemana o austríaca avalando los ataques a las víctimas del Reichstag.

La relativización del concepto de «malo» planteada en los fundamentos del párrafo anterior continúa profundizándose desde el postulado del autor en este artículo donde convierte la frase: «hizo algo malo» en «hizo algo que discierne como malo».

Lo pecaminoso de la acción deja de ser absoluto para estar determinado por el carácter que el sujeto le otorga. Este estaría determinado por la escala de valores que el individuo ostenta y que bien sabemos adquiere una configuración particular en cada caso. No nos referimos entonces a leyes parejas y objetivas sino a codex singulares en modo alguno homologables. Un punto adicional que complejiza y enriquece el análisis es el hecho de que si la culpa aparece por axioma, en la necesidad de encontrar una acción que la justifique seremos capaces de construir el más intrincado laberinto que transforme la acción más inocente en el más aberrante de los pecados.

Las dos líneas de razonamiento anteriores nos aportan el concepto de lo relativo del carácter de la acción en cuanto a su valoración, observación aplicable a lo que se planteará a continuación.

La tercera frase que aparece sería: «cuando uno piensa algo malo».

El terreno de la acción hace lugar al psíquico. Los planteos foucaultianos sobre los mecanismos de control son perfectamente aplicables en este caso. No contamos siquiera con la posibilidad de pecar en nuestras cabezas sin ejercer daño alguno. Nuestro espacio privado pierde carácter de tal y la lógica de las instituciones totales prima. A nivel clínico el permanente esfuerzo de desalojo marca cada vez más esa ruta y según el modelo de Freud del 1895, logramos la mejor facilitación de vía. Basta solo pensar en el film «El nombre de la rosa» sobre el texto de Umberto Eco. Monjes flagelándose como vía expiatoria para erradicar aquello que logran instalar cada vez más. Mayor nivel de fuerza represiva es sinónimo de incremento de la intensidad de la representación y la concomitante manifestación sintomática.

Por último, este *multiple choice* cerrará con: «cuando uno piensa algo que discierne como malo».

Nos han quitado todas las posibilidades. No solo no podemos pecar en el terreno psíquico sino que donde existe culpa axiomática no cesaremos hasta que la alquimia logre vestir de acción pecaminosa las representaciones más nimias. Tales planteos elucidan la complejidad del pensamiento religioso que, como bien explicara el autor en «Acciones Obsesivas y Prácticas» (1907), no se trata necesariamente de los cultos tradicionales sino de una singular manera de organizar la lógica de nuestros pensamientos.

Para el complemento de los planteos previos y abandonar el terreno abstracto del bien y el mal, el texto decide analizar con minuciosidad qué es lo malo: «Evidentemente, malo no es lo dañino o perjudicial para el yo; al contrario puede serlo también lo que anhela o le depara contento» (Freud, 1930: 120).

La llave para resolver este enigma radica

en el desvalimiento frente a los otros. Si aquello que satisface hace peligrar el amor, el yo se aleja de este comportamiento para evitar la angustia resultante. Entonces el paisaje se vuelve más claro ahora que podemos afirmar que el carácter de malo excede al comportamiento propiamente dicho para estar determinado por la posibilidad de que su puesta en acto enoje a ese Otro del que dependemos y que por castigo deje de brindarnos esa mirada.

Durante su despótica monarquía, his majesty the baby no temía perder ningún ducado pues sus prerrogativas eran absolutas. «L'État, c'est moi» frase que caerá para Luis XIV y ese niño en la creencia de que su ilusión es eterna. La autoridad parental se interioza y el syo, la conciencia moral y el «sentimiento de culpa» se configuran como una tríada que guiará de manera determinante nuestra conducta más de lo que creemos. Si pensamos en que primero la angustia frente a la autoridad determina la renuncia pulsional y que luego se dirige al syo, el movimiento direcciona del mundo externo al interno. En un primer tiempo entonces debíamos cuidar nuestros actos para en un segundo aparte cuidar nuestros pensamientos. El syo funciona cual instancia omnisciente de la que no podemos escapar y entonces la punición es constante. Martirizante se vuelve el momento en que nuestros oscuros deseos son encontrados por este vigilador cruel. El yo se somete a un ello amoroso y un syo hipermoral. El primero dicta sus ganas y nada examina, el segundo dicta ley y exige sin piedad. Un ítem no tradicionalmente señalado que debería destacarse se vincula a que la hipermoralidad superyoica no es aplicada a quien la demanda. Sencillo es exigir cuando quien lo hace no es quien lo cumple. La amoralidad del ello anoticia al syo en vías directas que no cruzan al yo consciente, y por tal razón la culpa sin representación asociada muchas veces en nuestros pacientes. Podemos renun-

ciar al objeto pero no al deseo. O dicho de otro modo, los deseos no se manejan a voluntad.

Reflexiono sobre qué ocurre en la dinámica de un yo que renuncia cada vez más y un syo que somete con más ferocidad ante el abandono progresivo del primero. El abordaje metapsicológico ayuda a arribar a la siguiente conclusión:

1. si el yo abandona más entonces mayor la falta;
2. falta es deseo entonces mayor deseo;
3. más deseo entonces severidad del syo incrementada cuando de él se anoticia;
4. el syo descarga su castigo frente a un yo más pobre y sumiso ahogado en conciencia de culpa.

Freud agrega otra nota que cuestiona el sentido común cuando explica que la severidad superyoica no espeja necesariamente la del trato recibido. La violencia que dicha instancia encarna es reflejo de la carga de agresividad originaria propio de la pulsión de muerte que se vuelve hacia el propio sujeto. El interjuego de estas instancias contribuye al esclarecimiento de la renuncia. Si esta es condición necesaria para la «cultura», se entenderá a la perfección por qué la «conciencia de culpa» es base para el desarrollo de la humanidad.

El sentimiento de culpa

La complejidad del tópico que nos concierne radica en que el «sentimiento de culpa» hace posible la cultura pero no deja de perturbar. La misma lógica aparece cuando un paciente se queja de su síntoma como si fuera absolutamente ajeno a su producción, pero como analistas sabemos perfectamente que su presencia cumple una función de regulación económica. De igual modo el «Malestar en la Cultura» cumple la suya en la instalación del seno colectivo. Explica el autor que siempre debemos pagar algún precio en la vida. No es sin precio aun el supuesto no precio. Premisa

que más allá de aplicarse a lo colectivo encuentra equivalente en el modelo individual. Cuando razono estos conceptos vienen a mi cabeza infinidad de recortes de situaciones clínicas. Todas ellas mantienen un denominador común, el paciente desea eliminar su síntoma o padecimiento sin hacer renuncia alguna. Manifiesta enfáticamente su voluntad de cambiar pero percibimos una sólida resistencia a modificar su posición subjetiva. Cuántas veces nos devuelven la pelota en hábil juego y nos ruegan que tomemos esa decisión sobre la que no aceptan asumir la responsabilidad. Cabalgan sobre una rumiación perfecta entre dos alternativas naturalmente con sus respectivas imperfecciones. Podríamos jugar y optar por cualquiera de ambas y la respuesta segura sería «pero me pierdo esto», a lo que contestaríamos «exacto, toda elección implica pérdida». Este ruego desresponsabilizante apunta a que asumamos nosotros la responsabilidad de aquella pérdida inherente a toda elección y que el enojo sea volcado en nuestra figura en lugar de sobre quien debería haberla tomado.

La «conciencia de culpa» puede admitirse en un momento previo a la existencia del syo a diferencia de la Conciencia Moral que exige la formación de dicha instancia. A ella se le suman como parte de esta instancia la actividad censora y la capacidad de vigilar y enjuiciar acciones. Vale la pena rescatar la diferencia establecida en párrafos anteriores entre el pecar en acto y pensamiento a la hora de abordar el concepto de arrepentimiento. Este aplica a la puesta en acto de la agresión y la reacción frente a la situación con una intencionalidad reparatoria. El sentimiento de culpa del arrepentimiento debe ser consciente a diferencia, sin embargo, al del producido por percepción del impulso malo que podría permanecer inconsciente.

Altruismo vs. egoísmo

La necesidad del sujeto de integrarse a la sociedad estorbaría el cumplimiento del Principio del Placer en tanto para alcanzar tal fin debe someterse a limitaciones. Freud señala que ambas fuerzas coinciden en el individuo y se disputan terreno en todo su ciclo de vida. En el paralelismo que viene planteando a lo largo de todo el trabajo hace referencia a la presencia de un *syo* cultural producto de la impronta de los pensadores referentes de una época. Podríamos pensar en estos personajes significativos en lo social como equivalentes de aquellos modelos que en el individuo (objetos parentales) han marcado los lineamientos normativos y permitido en su desarrollo la incorporación de una estructura abstracta de ley. Este *syo* cultural indica que construye un lugar ideal con el que, si incorporamos el código compartido, buscaríamos acortar distancias. Freud propone llamar a este «ideal cultural» Ética y considero podríamos encontrarlo en el registro cultural como una suerte de «ideal del yo». Naturalmente, para que rija su funcionamiento, este acervo de conductas debería ser incorporado como referente a seguir. Estructuras psíquicas que no lo han incorporado no serían movilizadas a buscar orientarse a tal horizonte y la funcionalidad de esta proa del comportamiento perdería valor como tal. No es sencillo imponer la ética como rectora de nuestras acciones sino es mediante la recompensa sobre el buen obrar pues, como bien sentencia Freud, acaso como una de sus afirmaciones que más resuena y que nos regala en una de las últimas páginas de su trabajo: «El problema es aquí cómo desarraigar el máximo obstáculo que se opone a la cultura: la inclinación constitucional de los seres humanos a agredir» (Freud, 1930: 138).

Conclusiones

En su maravilloso artículo el autor nos deleita en cada uno de sus párrafos con una invitación a la reflexión sobre cuestiones individuales y sociales. Se trata de un texto que bien podría ser reclamado por clínicos, filósofos, sociólogos, antropólogos o juristas. Nadie debería perderse —aun sin actividades propias de estos campos— un análisis que contribuye a comprender cada una de nuestras conductas y los malestares que involucran.

La búsqueda del placer y la eliminación del padecer pueden citarse como la palanca que determina el movimiento de cada una de nuestras acciones. Estos comportamientos no encuentran expresión en un paraje aislado sino en el seno de una comunidad que los limita y que en tal tope nos vuelve sufrientes y complejos. Buscamos satisfacer nuestras pulsiones y a la vez responder a los mandatos que el *syo* nos impone. Buscamos colmar nuestras aspiraciones y simultáneamente permanecer próximos al Ideal del Yo, así nuestra propia representación puede conciliar la satisfacción con una buena imagen de nosotros y así alcanzar mayores momentos de dicha y de más intensidad. Sin embargo, existe constitucionalmente una piedra en nuestros zapatos, cosa que no deseamos admitir pero que deberíamos hacerlo para que la ecuación resultante de este juego de variables alcance el mejor balance posible. Nuestra inclinación a agredir no nos hace ni buenos ni malos, solo humanos. Todo dependerá de lo que logremos hacer con ella y nuestras mejores chances de poder influir sobre ella solo partirán de haberla podido asumir sin eufemismos.

Referencias bibliográficas

Aubert, Nicole y Vincent de Gaujelac. *El coste de la excelencia*. Barcelona: Paidós, 1993.

- Aguinis, Marcos. *El elogio de la culpa*. Buenos Aires: Planeta, 1993.
- Dejours, Christophe. *Trabajo y desgaste mental*. Buenos Aires: Editorial Humanitas, 1992.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Freud, Sigmund. «Totem y Tabu» (1913-1914); en *Obras Completas*. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- . «Psicología de las masas y análisis del yo» (1920-1922); en *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- . «Neurosis y Psicosis» (1923); en *Obras Completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- . «La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis» (1924); en *Obras Completas*. Tomo XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- . «El problema económico del masoquismo» (1924); en *Obras Completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- . «El malestar en la cultura» (1930 [1929]); en *Obras Completas*. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- . «Análisis terminable e interminable» (1937); en *Obras Completas*. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- Hobbes, Thomas. *Leviatan* (1651). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Hobsbaum, Eric. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Crítica, 2007.
- Kaës, René. «Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones»; en *La institución y las instituciones*. Buenos Aires: Paidós, 1989.
- Laplanche, Jean y Bertrand Pontalis. *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1997.

Recibido: octubre de 2014
Aceptado: diciembre de 2014

